

Informe Mensual de Seguridad Internacional – Octubre 2007

RUMBO A LA GUERRA

Paul Rogers

Las bajas de soldados estadounidenses descendieron durante el mes de octubre. Las autoridades militares de Estados Unidos informaron también de que se registró una reducción de las víctimas civiles, aunque otras organizaciones, incluyendo fuentes del gobierno iraquí, se mostraron menos positivas. Estas fuentes ponen en duda tal afirmación, dado el marcado aumento en el uso de la fuerza aérea por parte del ejército estadounidense: en los primeros diez meses de 2007 se realizaron tres veces más ataques aéreos que en todo 2006.

En cualquier caso, aunque se haya producido algún síntoma de mejora en la situación de seguridad en Irak, la atención se desvió mil millas al este, donde incluso el violento conflicto en el sureste de Afganistán fue desplazado por los acontecimientos políticos en Pakistán.

Se esperaba que la vuelta de la ex primera ministra Benazir Bhutto contribuiría a consolidar el poder en manos del general Musharraf en asociación con Bhutto y el partido que ella lidera. Un atentado suicida contra su vehículo el día de su llegada fue indicativo de la dimensión de los problemas a los que se enfrentaban. Bhutto regresó a su residencia de Dubai antes de fin de mes.

El progresivo deterioro de la situación en los distritos fronterizos con Afganistán llevó al general Musharraf a actuar para hacerse con el control directo del país, lo que trastocó los planes de Estados Unidos de lograr una coalición Musharraf/Bhutto. A finales de mes parecía muy improbable la celebración de las elecciones previstas, en particular cuando las fuerzas de seguridad han detenido, en nombre del régimen de Musharraf, a muchos miembros relevantes de los partidos políticos de oposición.

Más sanciones contra Irán

Aunque en Estados Unidos la situación de Pakistán causó inquietud, afectó poco a la campaña de las elecciones presidenciales de 2008. De hecho, fue la cuestión de Irán la que progresivamente ganó relevancia durante el mes de octubre. La Administración Bush anunció nuevas sanciones a finales de mes, adelantándose a los debates internacionales sobre el tema, que parecen dirigidas al supuesto programa de armas nucleares de Irán. Este tema centró la atención de la Secretaria de Estado, Condoleezza Rice, quien ha afirmado que "la comunidad internacional no puede simplemente sentarse a esperar hasta que nos enfrentemos a opciones inaceptables. El arma nuclear en manos del régimen iraní sería profundamente desestabilizador en la región más volátil del mundo".

La nueva ronda de sanciones se dirigió primordialmente a aspectos de la economía iraní controlada por la Guardia de la Revolución, pero repercutirían en el país en su conjunto. Por ejemplo, algunas informaciones indicaban que el Banco Mundial estaba encontrando dificultades para canalizar fondos al país debido a las sanciones estadounidenses contra los bancos iraníes, lo que supone la congelación de 5,4 millones de dólares de ayuda humanitaria para los afectados del terremoto y otros proyectos civiles.

La decisión de Estados Unidos llegó en un momento en que el gobierno de Ahmadinejad ha adoptado posiciones más agresivas en la cuestión nuclear, en especial por la sustitución del experimentado Ali Larijani como negociador principal con la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA). En términos más generales, Irán reaccionó con desdén a las nuevas sanciones de Estados Unidos, una actitud sin duda apoyada por la oposición a las sanciones expresada por Rusia y China.

Campaña presidencial en Estados Unidos

Más significativo probablemente es el cambio de tendencia en Estados Unidos, donde los sondeos indican que la mayoría aprueba un ataque contra Irán en caso necesario con el fin de impedir la adquisición de armas nucleares. Además, la mayoría de los encuestados espera un ataque antes de que acabe el mandato presidencial de Bush.

El gobierno de Estados Unidos puede mostrar una agenda anti-iraní más enérgica en parte debido a los acontecimientos de la campaña electoral, aun antes del inicio de las primarias. En el lado demócrata, Hillary Clinton, la candidata favorita clara, se ha mostrado cauta en ciertos temas, como la completa retirada de Irak, y no ha descartado el uso de la fuerza contra Irán. Ello puede deberse, al menos en parte, al permanente temor de los demócratas de ser tildados de antipatrióticos, especialmente durante una campaña electoral presidencial. Sin embargo, un factor aún más significativo es la forma en que se ha desarrollado la carrera para la nominación en el lado republicano. Para sorpresa de muchos, el ex alcalde de Nueva York, Rudi Giuliani, se ha posicionado como principal candidato, pese a su enfoque liberal en temas como el aborto. Pese a ello, Giuliani es cualquier cosa menos liberal en cuestiones de política exterior y de seguridad, y puede estar tratando de compensar sus opiniones en política interna con posiciones particularmente duras en temas como Irak para asegurarse el apoyo de los elementos más conservadores del Partido Republicano.

Las posiciones adoptadas por los dos candidatos líderes, Clinton y Giuliani, supone que no hay una figura política de relevancia que, con cierto vigor, aconseje cautela en relación a Irán. Ello puede adquirir relevancia si la Administración Bush sigue incrementando su presión en torno a la cuestión nuclear de Irán y la acusación del apoyo iraní a la insurgencia en Irak.

¿Deslizamiento hacia la guerra?

Aunque los precios de los recursos energéticos continúan altos, lo que reporta a Irán un beneficio en divisas por sus exportaciones de gas y petróleo, su economía no goza de buena salud; se han registrado casos de racionamiento de gasolina, un hecho insólito en un país rico en petróleo. El gobierno de Ahmadinejad ha sufrido como resultado de la mala gestión económica, lo que ha agravado las críticas de los moderados por el relevo de Larijani. En paralelo, la opinión de la mayor parte de los analistas, tanto dentro como fuera de Irán, es que cualquier acción militar externa contra el país, ya sea con presencia de Israel o de Estados Unidos, tendrá un poderoso efecto aglutinador en el país. El actual gobierno tiene, por tanto, un interés político directo en que se produzca una crisis con Estados Unidos como medio para estimular el apoyo interno.

Además, la poderosa Guardia de la Revolución ha perdido gran parte de su estatus en la sociedad iraní desde el fin de la guerra de Irán e Irak, y celebraría la posición que le proporcionaría proteger al país de una agresión exterior. Es posible incluso que elementos radicales de la Guardia consideren útil alentar el ataque, quizá a través de un incidente fronterizo o de alguna acción marítima dirigida contra personal de Estados Unidos del tipo de la detención de los quince marinos británicos o de los marines anteriormente.

Tres factores agravan los peligros de la guerra. Primero, la Administración Bush ha multiplicado sus acusaciones sobre las interferencias de Irán en Irak. Irán no sólo tiene que parar su programa nuclear sino que también debe cesar su intervención en Irak. Como resultado, en caso de guerra, ésta tendría que abarcar objetivos más amplios. Segundo, el gobierno israelí no está dispuesto a permitir un Irán con armas nucleares y es probable que lleve a cabo acciones militares directas si no hay un movimiento en este sentido desde Estados Unidos antes de que Bush termine su presidencia. Tercero, el gobierno israelí se da cuenta también de que cualquier acción que tome podría incitar una respuesta de Irán contra las fuerzas de Estados Unidos en el Golfo Pérsico, lo que podría provocar una enérgica reacción

estadounidense utilizando fuerzas muy superiores y mucho más cerca de Irán que las de Israel. En opinión de muchos analistas israelíes, ello serviría al objetivo de debilitar al régimen iraní.

La guerra y sus efectos

Debido al aumento de las tensiones y al riesgo de una guerra que implique a Irán y a Estados Unidos, con o sin Israel, conviene explicar la probable dirección de tal conflicto y su resultado, ya que esto ilustra claramente los peligrosos escollos que surgirían. Con este fin, tiene sentido examinar los planes de guerra previsible de Estados Unidos, sea cual sea la forma en que se desate el conflicto, tema que se examinaba en un análisis anterior de Oxford Research Group (*Iran: Consequences of a War*, febrero de 2006). Tanto si es resultado de una provocación de Irán, de un ataque israelí con una respuesta iraní contra objetivos estadounidenses, o de un ataque iniciado por Estados Unidos, los planes que este país adoptaría resultarían muy similares.

La acción militar estadounidense se centraría en tres objetivos. El primero, producir serios daños al sistema de mando y control iraní, radar y sistemas anti-aéreos, y la fuerza aérea. Esto reduciría en gran medida los riesgos para la fuerza aérea estadounidense, pero implicaría bombardear cientos de objetivos mediante ataques aéreos y misiles de crucero. El segundo objetivo se centraría en deshabilitar las instalaciones nucleares de investigación y desarrollo, incluyendo el reactor de Bushehr, las principales plantas nucleares de Isfahan, Natanz y Teherán, y las instalaciones de fabricación, principalmente en Teherán y sus alrededores.

Todo ello implicaría una amplia gama de objetivos; sin embargo, el tercer objetivo, neutralizar a la Guardia de la Revolución, resulta una tarea aún mayor. La Guardia, con su amplio apoyo logístico, dispone de múltiples instalaciones; las cercanas a la frontera con Irak y en las costas del Golfo Pérsico serían prioritarias. Una acción de Estados Unidos duraría varios días e implicaría ataques repetidos después de evaluar los daños causados por los bombardeos iniciales.

Se da por sentado que las guerras de Irak y Afganistán han llevado al ejército estadounidense suficientemente al límite de su capacidad como para atacar a Irán, pero esta idea es incorrecta por dos razones. La primera, que tanto Irak como Afganistán son principalmente guerras que se combaten sobre el terreno, implicando al ejército y los marines estadounidenses, y ambos cuerpos están bajo una fuerte presión. En contraste, un conflicto con Irán sería una guerra aérea, para la que Estados Unidos dispone de suficientes recursos en la región. La segunda razón se relaciona con cambios en el armamento de la fuerza aérea. Recientemente se ha desplegado una nueva bomba, un artefacto de 250 libras con una carga explosiva especialmente potente. Se afirma que su potencia destructiva se acerca a la de la bomba convencional de 2.000 libras. Un avión de combate clásico del Ejército del Aire de Estados Unidos está equipado normalmente con cuatro bombas de 2.000 libras, pero puede llevar hasta 22 bombas más pequeñas. El resultado es que puede atacar un mayor número de objetivos en una salida, dando a los planificadores mayor libertad de acción en el momento de decidir los blancos.

Debido a la dimensión de la fuerza aérea estadounidense, tanto del Ejército del Aire como del potencial aéreo de la Marina a través de los portaviones, la capacidad de las fuerzas militares de Estados Unidos para atacar Irán es enorme. Dado que los objetivos de la guerra consistirían en la destrucción de las instalaciones nucleares de Irán y causar considerables daños a sus fuerzas armadas, especialmente a la Guardia de la Revolución, la guerra aérea inicial alcanzaría grandes dimensiones y se extendería a lo largo de varias semanas. La Administración Bush mantiene la opinión de que un conflicto de este tipo sería muy impopular dentro de Irán, y se inculparía al régimen de Ahmadinejad de haber llevado al país a la guerra. Esta idea es muy cuestionable y el resultado más probable es que el conflicto serviría para unir al país y fortalecer al ejército, independientemente del daño inicial causado por los bombardeos.

A corto plazo, un ataque de Estados Unidos parecería tener un efecto significativo, y puede incluso que se presentara como una victoria, tal como hizo el presidente Bush en la guerra de Irak en 2003 y su discurso sobre la "misión cumplida". Sin embargo, a largo plazo, en unos meses más que en unas semanas, Irán tendría a su disposición una amplia gama de respuestas. Un resultado claro consistiría en una mayor determinación del país para desarrollar un programa de armas nucleares y la posible retirada del Tratado de No Proliferación. Esta posibilidad por sí sola conduciría a algunas potencias regionales como Turquía, Egipto y Arabia Saudí a reconsiderar sus propias opciones nucleares. Además, mientras Irán llevara a cabo los pasos necesarios para reconstituir su infraestructura nuclear, Estados Unidos realizaría más ataques, con la posibilidad de que esta situación se alargara durante años.

Irán también podría decidir intervenir en Irak de forma más destructiva, interferir en las rutas de transporte de petróleo desde el Golfo Pérsico e incluso promover ataques paramilitares en las instalaciones petroleras occidentales en el Golfo. Todo ello tendría un profundo impacto en los precios del petróleo y el gas natural, causando graves problemas a la economía mundial. Paradójicamente, unos altos precios del petróleo de hecho ayudan a Irán porque es muy probable que países como China se inclinaran por mantener sus acuerdos comerciales.

El tema central es que cualquier acción militar de Estados Unidos contra Irán no se reduciría a un asunto a corto plazo. Podría haber ciertos centros de poder en Washington, especialmente en torno al vicepresidente Cheney, que creen que una acción militar tendría graves consecuencias en el gobierno de Teherán, conduciéndolo a la inestabilidad y a sucumbir a un cambio de régimen. La probabilidad de que esto ocurra es remota. Además, a pesar del daño causado a la potencia militar del país y, concretamente, a su infraestructura, el resultado más probable será una mayor determinación a resistir a una agresión exterior.

Merece la pena recordar que la guerra Irán-Irak de 1980-88 la desencadenó el régimen de Saddam Hussein bajo el supuesto de que un Irán en caos e internamente debilitado tras una revolución violenta no sería rival para las fuerzas armadas profesionales de Irak. Esta idea resultó ser un grave error que condujo a una guerra encarnizada que Irán combatió con tenacidad y entrega, incluso al coste de la vida de varios cientos de miles de hombres jóvenes.

Veinte años después, Irán es un país que muy probablemente se enfrentaría unido a una acción militar de Estados Unidos. Como en el caso de Irak, lo que en Washington se asume como una operación militar dirigida a obtener los resultados marcados en un par de meses, se extendería realmente durante al menos una década, si no más. A pesar de las dificultades que pueda entrañar la vía diplomática, no hay otra opción. Resulta muy preocupante el hecho de que no se reconozca esta realidad en los acalorados confines de la campaña presidencial estadounidense de 2008.

Paul Rogers es Profesor de Estudios de Paz en la Universidad de Bradford y Asesor de Seguridad Global del Oxford Research Group (ORG). Sus informes mensuales de seguridad internacional están disponibles en Inglés y Español en el sitio web <http://www.oxfordresearchgroup.org.uk/paulrogers.htm> y los visitantes pueden suscribirse para recibirlos vía e.mail mensualmente. Estos informes son distribuidos sin cargo y sin fines de lucro, pero por favor, considérese hacer una donación al ORG si Ud. se encuentra en condición de hacerlo. Traducido al castellano por Nuria del Viso.



Copyright © Oxford Research Group, 2007

Ciertos derechos reservados. Este informe se encuentra licenciado bajo Atribución-NoComercial-NoDerivada Licencia 3.0 de Creative Commons. Para mayor información visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>.